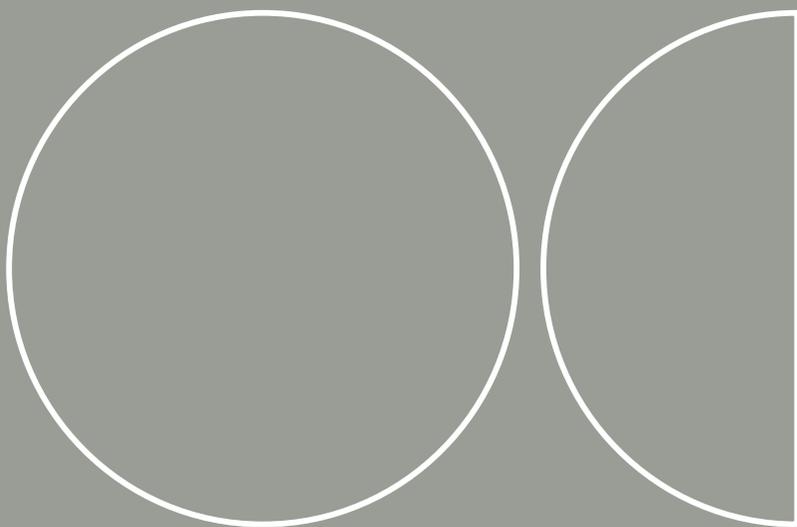


# L'opinió del Cercle



# **Europa, wake-up call?**

Cómo responder en momentos  
de disrupción geopolítica

Mayo 2025

# Resumen

*Our confidence that we will succeed in moving forward should be strong. Never in the past has the scale of our countries appeared so small and inadequate relative to the size of the challenges. And it is long since self-preservation has been such a common concern. The reasons for a unified response have never been so compelling – and in our unity we will find the strength to reform.*

Mario DRAGHI, The future of European competitiveness, p. 15

De forma deliberada o por incapacidad manifiesta, Europa ha construido su proyecto colectivo durante las últimas décadas sobre unas dependencias con las que ha convivido muy cómodamente: la apuesta por el gas y el petróleo ruso, que aseguraba energía barata a la industria, sobre todo la alemana; la importación masiva de tecnología –sobre todo digital– de los EE. UU. y de China, que garantizaba a los consumidores y a las empresas acceso a unas ventajas que de otra forma no habrían tenido; la globalización creciente de la economía, de la que Europa se ha beneficiado especialmente en la medida que es un exportador neto de bienes y servicios y finalmente la continuidad del paraguas protector americano en el ámbito de la defensa, que permitía ignorar amenazas externas y a la vez beneficiarse del dividendo de la paz después de la caída del muro de Berlín, configuran cuatro vectores estratégicos en los que se ha basado el desarrollo económico y geopolítico de Europa desde –al menos– mediados de los años noventa.

Pero hoy el mundo ha cambiado y esas dependencias, de las que Europa ha sacado tanto provecho, se han convertido en vulnerabilidades. Llevamos unos años viviendo en un mundo más hostil, y la llegada de Trump al poder no hace sino reforzar esa tendencia.

De repente, hemos tenido que entender que no queremos ni podemos depender de la energía de un estado agresor que inicia una guerra en suelo europeo; que necesitamos urgentemente reducir el gap tecnológico que hemos acumulado, porque nos va en ello la capacidad de tener una economía dinámica y, con ella, la posibilidad de seguir financiando el estado de bienestar tan generoso del que nos hemos dotado; que la política arancelaria de Trump puede generar una guerra comercial que acabe con el sistema de comercio internacional vigente; y que es hora de desarrollar una política y una industria de defensa propias, porque el amigo americano lleva tiempo –desde Obama– advirtiéndonos de que sus prioridades geopolíticas están en Asia, y la administración Trump está decidida a ejecutar esa advertencia, y a hacerlo usando un tono mucho menos amable que el de sus predecesores.

Todo ello es un toque de alerta, o mejor, de alarma, muy serio para Europa y la obliga, de repente, a mirarse al espejo. Europa debe decidir qué quiere ser, como pretende superar esas vulnerabilidades y, en el fondo, qué papel quiere tener en la convulsa geopolítica de este primer cuarto del siglo XXI. ¿Quiere ser un actor relevante y respetado, capaz de defender sus intereses, o prefiere ser un actor de segunda fila que no se sienta en la mesa de las grandes potencias mundiales?

La respuesta a esta pregunta retórica tendría que ser obvia, pero desgraciadamente no lo es. Si Europa quiere jugar en la primera división mundial, debe entender –como dice Mario Draghi– que nunca la escala de sus Estados miembros había sido tan pequeña e inadecuada en relación con la dimensión de los retos que tenemos planteados, que algunos de los rasgos definitorios del proyecto europeo –su propia conservación– están en juego, y que, por lo tanto, la única solución posible es profundizar en el proceso de integración, aunque quizás sobre base un poco diferentes. Pero, a la vez, son muchos los obstáculos que hay que superar y la posibilidad de caer en la irrelevancia –y no poder dar una respuesta adecuada a los retos y a las oportunidades que tenemos por delante– no es un escenario descartable.

Son muchas las preguntas que Europa tiene que contestarse a sí misma y son muchas las elecciones que tendrá que hacer. Porque, aunque a menudo desde la política se quiera hacer la vista gorda, escoger supone renunciar. Todo tiene un coste de oportunidad, ya sea en términos económicos, de soberanía, de seguridad o de preservación del medio ambiente, por mencionar algunos de los trade-offs que tiene que confrontar Europa en los próximos años.

¿Cómo conseguir la soberanía tecnológica superando las barreras internas que subsisten y sin cuestionar el sistema multilateral de comercio internacional?

¿Cómo compatibilizar la transición hacia una economía verde y mantener la ambición climática que supone el Green Deal con el refuerzo del tejido industrial? ¿Cómo construir una defensa colectiva cuando eso supone ceder uno de los elementos de soberanía

más definitivos de los Estados miembros? Y ¿cómo financiar todas esas políticas –ya sea en el ámbito nacional o comunitario– preservando al mismo tiempo los imprescindibles equilibrios presupuestarios?

Este ejercicio tiene lugar, además, en un contexto interno de gran fragmentación y polarización política y social, lo que dificulta que haya un debate sensato y hace difícil la toma de decisiones.

En el ámbito exterior, el escenario no es menos complejo. La disrupción que suponen las políticas de la administración Trump en el sistema de relaciones internacionales vigente desde la segunda mitad del siglo pasado obliga a Europa a replantearse su esquema de alianzas, empezando, en primer lugar, por su propia relación con los EE. UU., tanto en el ámbito político, como económico y militar.

El momento es grave, y es urgente que Europa reaccione. Urgencia, sí, porque es mucho lo que está en juego y Europa lleva retraso en muchas cuestiones, pero también confianza. Confianza, ya que Europa ha demostrado en el pasado una capacidad notable para hacer frente a escenarios complicados. La creación del mercado único a finales de los ochenta o la creación del euro a finales de los noventa no son logros menores. Y, más recientemente, la gestión del Brexit o de la crisis de la Covid muestran la capacidad de la UE de mantenerse unida y de poner en marcha nuevos mecanismos colectivos de gestión ante sacudidas externas importantes.

Confianza también porque Europa cuenta con activos muy importantes sobre los que apoyarse. Cuenta con un capital humano de primer nivel, con uno de los

tejidos sociales más igualitarios del mundo y con un nivel de riqueza y bienestar que hace que su mercado interno, que sigue siendo una parte muy relevante del PIB mundial, sea objeto del deseo de todos los grandes actores internacionales. Y el entorno disruptivo que nos rodea representa, paradójicamente, una oportunidad para que Europa se erija en un polo de estabilidad y de atracción de capital humano y financiero.

Europa se apoya además en unos valores –la defensa de la dignidad humana, la democracia, el Estado de derecho y la solidaridad– que han conformado el proyecto de integración europea, y que hay que defender ahora más que nunca. Su vigencia tiene que ser el elemento principal para cohesionar el proyecto europeo. Desde su fundación, el Cercle d’Economia, como actor clave de la sociedad civil catalana y española, está plenamente comprometido con ellos. Nuestro horizonte ha sido y sigue siendo avanzar en la construcción europea. La idea germinal de los arquitectos del europeísmo era que, a través del libre movimiento de personas, mercancías, servicios y capitales, se iría forjando una solidaridad compartida y fundamentando una unión política. El principio básico de la Unión Europea, tal como recogen los tratados, debe seguir siendo el respeto a la dignidad humana en el marco de una democracia liberal y de una economía de mercado.

Esos principios, que hace unos años nos parecían tan naturales como el aire que respiramos, hoy están cuestionados dentro y fuera de la Unión. En un mundo más multipolar surgen concepciones diferenciadas de los valores y principios que rigen las sociedades, y nos alejan de recetas homogeneizadoras. A su vez, el crecimiento del nacionalpopulismo euroes-

céptico pone en peligro los adelantos conseguidos en la integración europea de las últimas décadas. Es así como Europa se ve forzada a actualizar su proyecto sobre la base de tres puntales –el progreso económico, la cohesión social y la libertad individual– y cuatro mecanismos óptimos para poderlo implementar –el mercado único, el estado de bienestar, la democracia, y ahora también la seguridad y la defensa.

## I. Un mundo cambiante

Vivimos momentos de grave disrupción geopolítica. El segundo mandato de Donald Trump se caracteriza por su desprecio por el multilateralismo –del que los EE. UU. han sido los principales artífices y beneficiarios desde mediados del siglo pasado– y por las alianzas tradicionales –de las que la transatlántica es la principal expresión. También por la primacía de los intereses particulares estadounidenses, por una preferencia por las relaciones de poder –ante la solidaridad o los valores compartidos– y por un nacionalismo económico rampante –del que la absurda y errática guerra arancelaria es su último episodio.

Se normaliza así por parte de la Casa Blanca, pero también otras potencias como Rusia o China, una concepción de las relaciones internacionales basada en esferas de influencia, a la vez que se agrieta el sistema multilateral político y comercial, y resurgen con fuerza las reivindicaciones del Sur Global. Todos los grandes actores geopolíticos se están moviendo, y hace falta que Europa reaccione si quiere defender sus

intereses y ser un actor relevante en este nuevo orden internacional.

En primer lugar, hace falta que Europa entienda que debe replantearse su relación con los EE. UU. El giro que ha emprendido la nueva administración Trump supone una ruptura radical con los preceptos de la alianza transatlántica, incluido el cuestionamiento de la defensa mutua recogida en el artículo 5 del Tratado de la OTAN. La única opción para Europa es trazar su propio camino, manteniendo todos los canales posibles de colaboración con los EE. UU., pero sin contar con ellos como aliado y socio incondicional. Eso incluye el ámbito de la seguridad y la defensa, en el que Europa ya no puede contar con la garantía que durante ochenta años ha hecho posible el paraguas militar norteamericano.

Europa también ha de hacer valer su relación con China y Rusia. En el primer caso, es evidente que hay intereses compartidos en muchos ámbitos, pero también hay áreas de competencias y de rivalidad creciente. Hará falta gestionar estas contradicciones con mucho tacto, procurando que China reconozca -como hace cada vez más- a la UE como un actor geopolítico relevante. En el caso de Rusia, la relación estará muy condicionada por el desenlace de la guerra de Ucrania, pero en todo caso, será necesario plantearse si el nuevo esquema de seguridad europeo requerirá una nueva aproximación a Rusia.

En un mundo multipolar, con un alto nivel de confrontación, Europa deberá tejer también nuevas alianzas. Los intereses nacionales son hoy la guía principal de la política exterior, pero muchos estados

en todo el mundo no comparten la visión de Donald Trump, Xi Jinping o Vladímir Putin de definir el mundo en torno a las esferas de influencia de las grandes potencias. Ya sea por convicción o por necesidad, países como Canadá, Australia, India, Brasil, Turquía, Arabia Saudí o Suráfrica prefieren unas relaciones internacionales no condicionadas por la ley del más fuerte, sino basadas en alianzas múltiples y variables. Para todos estos países, y también para otros del Sur Global, la Unión Europea se puede convertir en un socio fiable y de referencia. Los socios con los que se compartan valores serán necesariamente los primeros a los que recorrer para fomentar intereses compartidos, pero otros actores serán también imprescindibles para la consecución de bienes públicos globales, ya sea un comercio internacional basado en reglas, la gestión de crisis climáticas o la regulación de las nuevas tecnologías y la inteligencia artificial. Las alianzas futuras de la UE serán flexibles y nacerán de las nuevas oportunidades que presente la cooperación internacional.

Redefinir el papel de Europa no será una tarea fácil, debido a la fragmentación interna existente y a la consolidación de una receta contraria a los valores europeístas de las fuerzas políticas tradicionales. Conservadores, socialdemócratas, verdes y liberales –principales expresiones de un centro político motor de la integración europea– ven hoy como la alianza entre nacionalistas de extrema derecha amenaza con apropiarse de la narrativa dominante sobre el futuro de Europa. Hasta ahora, el destino de la integración europea estaba irremediamente ligado al avance progresivo del «más Europa». La integración era gradual y, seguramente, más lenta de lo deseable,

pero el destino final era compartido. Las fuerzas euroescépticas han ido ganando presencia en los parlamentos y gobiernos nacionales, así como en el Parlamento Europeo, y ofrecen una receta contraria al europeísmo convencional, que se basa en un retorno gradual del poder a las capitales nacionales, lo que dificulta el protagonismo de la UE en el mundo. Ante ese elevado grado de división interna, hay que contar con mecanismos que permitan a los Estados miembros más comprometidos avanzar en el ámbito de la política exterior, de seguridad y de defensa, sin ser rehén del bloqueo al que algunos quieren someter a la Unión.

## II. La hora de Europa

### **1. El impulso de una política e industria de seguridad y defensa propias**

La pérdida de confianza recíproca con los EE. UU. de Trump se traduce en la necesidad de dar un paso adelante en la defensa de Europa. Los Estados Unidos llevan muchos años advirtiendo de que su principal preocupación no reside en los focos convencionales de la política exterior estadounidense, como Europa u Oriente Medio, sino, sobre todo, en Asia Pacífico, y China en particular. Obama ya hablaba del necesario «pivote» hacia Asia, y Biden no cambió sustancialmente la política de confrontación con China en el plano comercial, que ya había emprendido Trump durante su primer mandato. En el segundo, Trump está reforzando la premisa de que los intereses norteamericanos son los únicos elementos articuladores de su política exterior, y Europa se ve obligada a

tomar el destino con sus propias manos, aunque siga condicionada por una dependencia histórica de los Estados Unidos.

Construir una defensa común y autónoma respecto a los EE. UU. llevará tiempo. Las dependencias son muy grandes –para empezar, del paraguas nuclear americano, pero también en logística militar, inteligencia o tecnología–, y las capacidades europeas, limitadas. Hará falta que la autonomía europea en seguridad y defensa refuerce el pilar europeo de la OTAN, y tan importante será hablar de aumentar los presupuestos en defensa como de definir las prioridades europeas y asegurar una buena coordinación y complementariedad de las capacidades existentes. El nuevo gasto dedicado a la seguridad y defensa europea debe reforzar las estructuras de coordinación y mando conjuntas, para que los recursos se utilicen de forma eficiente y para que se consigan objetivos conjuntamente establecidos. Es en esa cesión de soberanía hacia arriba, es decir, hacia Europa, en la que hay que poner el énfasis, más allá del refuerzo del gasto nacional y fragmentado en la defensa de los estados.

Desde hace tiempo, los países europeos de la OTAN se han comprometido a gastar el 2% de su PIB en defensa. La cifra se ha ido logrando progresivamente, y en particular desde la invasión rusa de Ucrania, pero hay mucha variabilidad entre países y el umbral del 2 % parece insuficiente para la administración Trump. España es el país de la UE que menos gasto relativo a su PIB realiza, y, por lo tanto, necesita aumentar su contribución para reducir la diferencia respecto a otros países europeos. El anuncio reciente del gobierno central de aumentar el gasto en seguridad y

defensa hasta el 2% del PIB a lo largo de 2025 es un paso en esta línea.

No obstante, sería deseable que el aumento de gasto de defensa en Europa se financiara de forma conjunta, en la medida que la seguridad y la defensa del continente son también un bien público europeo. La Comisión ha acordado flexibilizar la cláusula de escape de las reglas fiscales para que el gasto extraordinario nacional no compute como exceso de déficit, y ha creado nuevos mecanismos de financiación del gasto militar. Teniendo en cuenta las necesidades futuras, hay que ir un paso más allá y financiar desde los presupuestos comunitarios toda la inversión en defensa que contribuya a lograr la autonomía de la UE en este ámbito.

El aumento del gasto militar debe ser también una oportunidad para reforzar la industria europea e impulsar las tecnologías duales que acaban teniendo un impacto positivo en la dinamización económica. Evidentemente, la industria de seguridad y defensa tendrá mayor peso en ciertos países que en otros, pero los esquemas europeos de incremento del gasto tienen que favorecer la progresiva gestación de una industria de la defensa con vocación transnacional, sobre todo si se trata de fomentar la financiación comunitaria del gasto, como ya se ha hecho en el Next Generation EU.

## **2. La dimensión económica**

En una era cada vez más definida por la soberanía tecnológica, la competitividad económica y el liderazgo en innovación, Europa también necesita despertar en el plan económico. En los últimos veinte años,

Europa ha perdido terreno respecto a los EE. UU. y China, y su peso en la economía mundial se ha reducido de forma importante, si bien todavía se mantiene alrededor del 17%. Esa pérdida de peso relativo se ha debido a que la población europea ha crecido comparativamente menos que otras sociedades, pero, sobre todo, a la mala evolución de la productividad.

Recuperar el dinamismo económico es necesario tanto por motivos internos como externos. Internamente, Europa necesita crecer si quiere mantener los rasgos básicos del estado de bienestar tan generoso que ha construido en las últimas décadas: con una pirámide poblacional cada vez más envejecida, el aumento de la productividad es condición indispensable para poder mantener un nivel adecuado de prestaciones, en sanidad y educación y, sobre todo, en pensiones. Y, pensando en su proyección externa, Europa necesita consolidar su mercado interior si quiere ser un actor económico relevante. En un mundo dominado por las relaciones de poder, el gran activo de Europa es el mercado único, que todavía mantiene un tamaño relativamente grande y cuenta con un alto poder adquisitivo, y es, por lo tanto, objeto de deseo de los EE. UU., de China y, en general, de todos los actores económicos relevantes.

Los planes que reclaman un despertar económico de Europa vienen de lejos. Ya en 2000, la llamada Agenda de Lisboa pretendía situar a la UE entre las economías más competitivas del mundo en un plazo de veinte años, y proponía un listado de medidas casi inacabable para conseguirlo. Visto retrospectivamente, está claro que durante ese tiempo Europa no ha hecho lo que debía, y ahora el toque de alarma es urgente.

La urgencia es evidente, pero también lo son, paradójicamente, las oportunidades que se pueden derivar del momento disruptivo actual, y muy especialmente de algunas de las políticas de la administración Trump. Más allá de las medidas más excéntricas (desde el desmantelamiento de muchas agencias gubernamentales hasta el ataque sin precedentes al sistema universitario), la arbitrariedad –incluso la impunidad– y la improvisación de muchas de sus actuaciones –y la guerra arancelaria es el ejemplo más reciente– están erosionando de forma acelerada la credibilidad de los EE. UU. y su rol como líder económico mundial. Lejos de ser un garante de la estabilidad global, los EE. UU. se están convirtiendo en un foco de imprevisibilidad, lo que erosiona su capacidad de atraer capital y talento. Europa puede salir beneficiada de ello, sobre todo si es capaz de impulsar medidas que hagan que su economía sea todavía más dinámica y pueda retener el ahorro que ahora se marcha a los EE. UU. o atraer a una parte del capital humano, sobre todo extranjero, que busca oportunidades fuera de los EE. UU.

Los informes Draghi y Letta, publicados en 2024, marcan una hoja de ruta clara, coincidente en muchos aspectos y complementaria en otros. La Comisión se ha tomado seriamente las recomendaciones de ambos informes, y en el primer documento que ha hecho público desde el inicio del mandato actual –la llamada «Brújula de la UE para ganar competitividad»–, asume el diagnóstico e incorpora muchas de las recomendaciones de Draghi y Letta. La aplicación de estas recomendaciones no será fácil, porque muchas de ellas requieren un volumen importante de recursos y porque en algunos casos hay trade-offs importantes,

es decir, hay que optar por medidas que pueden suponer renunciaciones políticamente complicadas.

Pero, en todo caso, en contraste con lo que sucede en el caso de la política de seguridad y defensa, en el ámbito económico y particularmente de refuerzo del mercado interno puede haber una brecha por el acuerdo entre las diferentes familias políticas representadas en el Parlamento y el Consejo Europeo.

### **3. Tecnologías punta: acortar el *gap* respecto a los EE. UU. y China**

En muchas tecnologías clave (como los microprocesadores, las baterías de los coches eléctricos o la IA), Europa depende en gran parte de China y los EE. UU. Eso no solo supone una desventaja competitiva evidente, sino que, además, en un entorno geopolítico tan inestable, implica riesgos muy importantes en términos de seguridad de suministro y de soberanía estratégica.

Este *gap* tecnológico se explica tanto por una menor inversión en tecnologías punta, como por una transferencia deficiente de los resultados de la I+D+i a productos de mercado. Y, a su vez, detrás de esos factores explicativos hay deficiencias de base: desde unos mercados financieros no suficientemente desarrollados, sobre todo en el ámbito de los instrumentos más orientados a financiar el riesgo (como el *venture capital* o *capital riesgo*), hasta la fragmentación del mercado europeo, que dificulta que los proyectos y las empresas escalen, pasando por la falta de mecanismos y de incentivos adecuados que faciliten los procesos de transferencia de tecnología, o una regula-

ción muy mejorable en relación con el acceso y la utilización de los datos, que son la materia prima básica de la economía digital. La existencia de un ecosistema que favorezca el desarrollo y la difusión de las tecnologías más avanzadas es indispensable si se quiere evitar que, como ha sucedido en los últimos años, un número importante de los unicornios nacidos en Europa acaben instalándose en los EE. UU., donde las posibilidades de escalar con éxito son mucho más elevadas.

Reducir este *gap* tecnológico es posible. Europa llega tarde, pero si alguna característica tienen las tecnologías punteras, es que pueden ser objeto de disrupciones que cambien de forma radical la capacidad de competir de las empresas. Las tecnologías más sofisticadas –sobre todo las digitales– muestran a menudo grandes economías de escala y de alcance que favorecen la creación de grandes conglomerados que dominan una gran parte –si no todo– el mercado. Pero, como evidencian casos recientes (como el de Deep Seek en el ámbito de la IA o el de BYD en el de las baterías para los vehículos eléctricos), puede haber disrupciones que favorezcan la entrada de nuevos competidores con tecnologías más eficientes.

Además, en el ámbito de la IA, las grandes oportunidades de futuro están en su aplicación y en la identificación de nuevos modelos de negocio que sean escalables y puedan, como han hecho otras tecnologías digitales, cambiar industrias o sectores de forma radical. Y, por eso, el acceso a financiación o a datos es más importante que la tecnología en sí misma. Europa, además, ha acreditado la capacidad para ser líder en ciertos sectores que son tecnológicamente punteros y que tienen un campo muy amplio de creci-

miento de futuro. Es el caso del sector *biotech*, o de las ciencias de la vida en general, en el que Cataluña cuenta con investigación puntera e innovación, con centros de investigación y empresas muy bien posicionadas. También es el caso de la supercomputación o computación cuántica, en que de nuevo Cataluña es un actor relevante.

Europa tiene el capital humano necesario y el conocimiento para ser líder mundial y es imprescindible que desde las instituciones europeas se fortalezca el ecosistema que permita que el potencial de base que ya existe se materialice plenamente. Como parte de este fortalecimiento, Europa tendría que aprovechar de forma decidida la oportunidad que ofrece la salida potencial de talento científico y emprendedor de los EE. UU., que puede acabar limitando el potencial del sistema de investigación y de innovación americano. En este sentido, el anuncio reciente del gobierno de la Generalitat de lanzar el programa “Catalonia Talent Bridge” es una muy buena noticia.

#### **4. Descarbonización y política industrial**

Europa es un continente pobre en energías fósiles, por lo que ha dependido históricamente de las importaciones de países terceros. Eso y algunas carencias flagrantes en el cumplimiento del mercado único de la energía (fundamentalmente por la falta de suficientes interconexiones físicas entre países) explican por qué en los últimos años el precio de la electricidad para las industrias europeas ha sido, de media, tres veces más caro que en los EE. UU. o dos veces más caro que en China.

La decisión de poner fin –a raíz de la guerra de Ucrania– a los suministros de petróleo y, en menor medida, de gas provenientes de Rusia (que habían permitido, sobre todo a la industria alemana y otros países del norte de Europa, acceder a una energía relativamente barata) agravó esa situación. Todo ello es un lastre muy importante para la competitividad de la industria europea, y la apuesta de la nueva administración Trump por el petróleo y el gas natural acentuará las diferencias.

A su vez, Europa fijó en el Green Deal (2019) unos objetivos de descarbonización muy ambiciosos (logro de emisiones limpias cero en 2050 con un objetivo a medio camino de reducción de un 55 % de las emisiones en 2030 respecto a los niveles de 1990) que conllevan reducir de forma drástica la dependencia de las energías fósiles y que habrá que acelerar en este mandato. La descarbonización tiene un sentido medioambiental, pero también de política energética e industrial, ya que, a largo plazo, la única forma en la que Europa tendrá precios bajos de la energía es apostando por energías renovables. El problema es que el despliegue de esas energías es caro, y puede comprometer la competitividad o incluso la viabilidad de muchas industrias como la del automóvil a corto y medio plazo. La única forma en la que el Green Deal sea aceptable política, económica y socialmente es si va acompañado de una política que dé incentivos a la transición y que compense a los sectores perdedores.

Es imprescindible, pues, aceptar las consecuencias competitivas y de distribución de la ambiciosa política climática de la UE, porque es mucho lo que está en

juego: el futuro de una parte importante de la industria europea y también la propia aceptación del proyecto de integración europeo, ya que una parte no pequeña del sentimiento antieuropeo se origina en colectivos que se ven perjudicados por esa apuesta y que no se sienten compensados por los costes que tienen que soportar. La transición que propone el Green Deal tiene que ser limpia –por definición–, pero debe ser también competitiva y justa.

La apuesta por la descarbonización tiene que suponer, además, una oportunidad para que Europa consolide el sector industrial del *cleantech*. También en ese caso Europa ya dispone de una base sólida, y en algunas tecnologías es líder mundial. Pero la competencia china se hace notar cada vez más y se beneficia de ayudas estatales masivas. Gestionar la amenaza china no es sencillo y requerirá, por un lado, identificar aquellas tecnologías con las que Europa no puede o no quiere competir, y, por lo tanto, opta por depender de las importaciones chinas (y, en el fondo, por beneficiarse de las subvenciones que da el estado chino); y, por el otro, se deberá decidir qué sectores se considerarán estratégicos, en los que se optará por articular medidas de política comercial que hagan frente a la injusta competencia china.

La política de la administración Trump, por su parte, puede suponer una gran oportunidad para el sector *cleantech* europeo. La apuesta combinada por las energías fósiles y la retirada de las subvenciones a las tecnologías verdes que suponía el programa IRA de la administración Biden pueden abrir un agujero importante para las empresas europeas, sobre todo si, como parece inevitable, a largo plazo los EE. UU. también

tendrán que hacer una apuesta por la descarbonización. Es alentador, en todo caso, que la nueva Comisión haya empezado el mandato apuntando la voluntad de articular un fondo de compensación a la descarbonización y flexibilizando los criterios de consecución de algunos objetivos de descarbonización. Dada la magnitud del reto, es muy importante que esas medidas se ejecuten correctamente y se mantengan en el tiempo.

## **5. La importancia de la financiación**

Un elemento fundamental que determinará el éxito de esta estrategia será la financiación. Tanto la apuesta por las tecnologías punteras, como por la descarbonización requieren altísimos volúmenes de recursos, públicos y privados. Ambos son necesarios; por lo tanto, una primera condición para que esos recursos estén disponibles es que sean complementarios y que, en el caso de los fondos públicos, sean catalíticos y sirvan para arrastrar a la inversión privada. El desarrollo de mecanismos eficientes de colaboración público-privada se prevé así esencial, y habrá que extraer todas las conclusiones del funcionamiento del fondo Next Generation EU, cuyo despliegue no ha sido tan ágil como sería deseable, en parte debido a las cargantes condiciones que se imponían a los agentes privados que se beneficiaban de él.

En el caso de los fondos públicos, será clave determinar si estos tienen que provenir de los Estados miembros o de la Unión misma. En el caso de los fondos nacionales, es importante que la Comisión recupere un control estricto de las ayudas de estado (que se relajó para hacer frente a las consecuencias de la

crisis de la COVID). En caso contrario, hay un riesgo evidente de alteración del funcionamiento de la competencia en beneficio de aquellas empresas domiciliadas en Estados miembros que disponen de más margen fiscal. En línea con lo que defienden el informe Draghi y el informe EuroStack, es recomendable que, tanto por motivos de eficiencia como de equidad, la financiación de algunas de las iniciativas mencionadas se haga con fondos europeos, sobre todo si tienen que servir para financiar bienes públicos de dimensión comunitaria, como por ejemplo la consecución de la autonomía estratégica en tecnologías clave, la mejora del medio ambiente o la defensa colectiva.

## **6. La necesaria reforma del estado de bienestar y la buena gestión de la inmigración**

Uno de los rasgos definatorios de las sociedades europeas es el elevado nivel de solidaridad que hay entre sus ciudadanos; una solidaridad que se articula a través de políticas sociales muy desarrolladas en el ámbito de la educación, la sanidad y las pensiones, y a través de potentes mecanismos de protección ante ciertas contingencias, como la desocupación. Europa es así el continente con un menor nivel de desigualdad, lo que se considera de forma mayoritaria un activo a preservar, porque está en la base de los altos niveles de cohesión social y de seguridad ciudadana, dos factores, a su vez, que contribuyen al crecimiento económico.

Cómo hemos apuntado más arriba, mirando al futuro, Europa necesita crecer si quiere preservar el núcleo duro del estado de bienestar. El crecimiento de la productividad es condición necesaria pero no sufi-

ciente para conseguir ese objetivo. Teniendo en cuenta las previsible dinámicas poblacionales y el ingente volumen de recursos que ya absorben esas políticas, parece inevitable también mejorar la eficiencia en el diseño y la ejecución del estado de bienestar. El objetivo último debe ser asegurar la igualdad de oportunidades y proteger a aquellos individuos o colectivos que realmente lo necesitan.

Esta reforma requiere inevitablemente hacer un diagnóstico objetivo –y conseguir una visión compartida– de la situación de partida y de las perspectivas de futuro, y definir con precisión cuáles son los objetivos que se persiguen, cuáles son los colectivos que se quiere proteger y en qué circunstancias y cuáles son los mejores instrumentos para conseguirlo. Como siempre, la parte más difícil vendrá a la hora de priorizar, ya que inevitablemente habrá que hacerlo. No todo se puede financiar ni es bueno hacerlo. Las fuerzas políticas tendrán que actuar con responsabilidad y altura de miras, a pesar del elevado grado de polarización que se observa en muchos países. Pero si esta reforma del estado de bienestar no se hace de forma ordenada y desde cierto consenso, las consecuencias serán más costosas para la sociedad en conjunto y para los colectivos más débiles en particular.

En el ámbito social, será muy importante la gestión de la inmigración. Europa es un continente demográficamente envejecido. Las proyecciones muestran que la población europea crecerá muy poco en las próximas décadas y que, si no declina, será gracias a la aportación de la inmigración.

La inmigración en Europa es un hecho y una necesidad, y, según cómo se gestione, puede ser una oportu-

nidad o un problema. Es un hecho porque desde principios de siglo han llegado a Europa en diferentes oleadas un número muy elevado de inmigrantes y Cataluña es seguramente un ejemplo paradigmático: entre el 2000 y 2025 la población ha pasado de seis a ocho millones de habitantes y este aumento ha sido proporcional fundamentalmente por la inmigración. Y es una necesidad porque esos inmigrantes han cubierto una parte muy importante de los puestos de trabajo que se han creado en los últimos años, si bien, en general, esos puestos de trabajo han sido de baja calificación y remuneración escasa. Los inmigrantes han cubierto una demanda de trabajo importante que el mercado ha generado.

Desde el punto de vista de las políticas públicas, el reto es gestionar bien los flujos migratorios y tratar de asegurar la mejor integración posible. Hace falta que la inmigración se perciba como un fenómeno ordenado y que las entradas de población inmigrante que se produzcan en un país en un lapso determinado respondan a unos criterios y unas regulaciones preestablecidas, con independencia del volumen que tenga el flujo migratorio. Es más importante la percepción de orden que el número de entradas efectivas que se acaben produciendo. La experiencia de los países europeos muestra que muchos modelos de integración son posibles, pero en general se observa que donde se facilita que el inmigrante pueda disfrutar de derechos básicos, como el acceso a la sanidad o la educación, y sobre todo pueda trabajar de forma reglada, el proceso de integración es más rápido y fluido.

En todo caso, no hay recetas universales. Lo que sí es esencial es que haya una gestión activa de la inmigra-

ción y que, en la medida de lo posible, se haga desde un mínimo consenso, una condición que se echa de menos a menudo en Europa y en España particularmente.

### III. Reivindicar los valores y el proyecto de Europa

La regresión democrática en los Estados Unidos y otros países hacen necesaria la reafirmación de los valores fundacionales de la Unión Europea y la plena vigencia de su organización política, basada en la democracia y el Estado de derecho, con un escrupuloso respeto a la libertad de expresión, las elecciones libres y la alternancia en el ejercicio del poder. La Unión Europea es una propuesta de paz, en la que no se justifica ninguna agresión entre sus miembros ni a terceros estados. La coordinación de sus estructuras de seguridad debe tener como objetivo la defensa común ante potenciales agresiones de terceros.

Ante un mundo convulso, los europeos no tenemos alternativa a reforzar la idea y el proyecto de Europa. En primer lugar, preservando los valores propios de la Unión Europea, tendiendo puentes con aquellos que los comparten y, al mismo tiempo, respetando a las otras culturas. En cuanto al dinamismo económico, industrial y a la innovación tecnológica, Europa necesita recuperar el terreno perdido en tecnología digital y en inteligencia artificial, facilitando la financiación de la innovación, promoviendo la creación de espacios propicios para los adelantos tecnológicos y revisando el entorno regulador para hacerlo más

favorable a la innovación. En política migratoria, hay que conjugar el control de los flujos con políticas de integración y de protección del estado de bienestar, acomodándose al progresivo envejecimiento de las sociedades europeas.

En política comercial y arancelaria, la UE debe luchar por preservar el poder de su mercado único y articular mecanismos de respuesta serenos y firmes a la creciente lucha comercial y proteccionismo económico, sobre todo fomentados por la Casa Blanca de Trump. En la transición energética, se deben preservar los adelantos realizados en la progresiva descarbonización de la economía europea, teniendo en cuenta la ventaja que representan las fuentes de energía limpias, pero acompasando también los ritmos de la transición a las necesidades de la industria y favoreciendo el mix energético de nuestras economías.

En el plan de la autonomía estratégica en seguridad y defensa, hace falta que la UE facilite la financiación del nuevo gasto en defensa, coordine los Estados miembros para hacerla más eficiente y complementaria, integre progresivamente sus estructuras de toma de decisiones –favoreciendo la consolidación de un pilar europeo robusto dentro de la OTAN– y potencie la industria de defensa europea basada en tecnologías autónomas y avanzadas. Economía, valores, seguridad y defensa son los pilares de la Europa del futuro. Tenemos las capacidades necesarias para conseguirlo y la urgencia de actuar, impulsados por las disrupciones geopolíticas del presente. Es hora de que Europa despierte.

